

de los cristianos una diversión pública, transformaban a la hoguera en tribuna, pues la forma más excelente de predicación popular es saber morir por lo que se cree, razón por la cual la Iglesia tuvo tantos apóstoles como mártires.

A fuerza de asistir a semejantes espectáculos, el pueblo comenzaba a reconsiderar sus prejuicios contra los cristianos, inclinándose poco a poco a compadecer sus sufrimientos y a admirar su valor. Por un cambio extraño, en el momento en que el Estado se endurecía más con ellos, el pueblo se acordó de la humanidad y la invocó más de una vez en favor de ellos. También a menudo, y ésta era la recompensa más dulce de los mártires, una chispa que saltaba de su hoguera caía sobre el alma de un espectador indiferente y hostil, prendiendo en ella el incendio que debía purificar su corazón. Más de uno que iba a deleitarse en aquellos suplicios, se volvía conmovido, alterado, con el corazón lleno de esa divina turbación que es la precursora de las resurrecciones morales; algunos que, como Saulo, habían comenzado siendo perseguidores, terminaban bajo el puño de los verdugos confesando a Jesucristo. La sangre de los mártires era semilla de cristianos.

Se necesitaba, pues, algo más que suplicios para vencer al cristianismo, y el orgullo pagano tuvo que descender a discutir con los sectarios; sólo tardíamente, y como a pesar suyo, se puso a manejar para con ellos otras armas que el hierro y el fuego. Los primeros adversarios que les opuso le trataron con desdén trascendente, y abandonaron bien pronto el terreno de la controversia para reclamar, como el populacho, medidas persecutorias. Tal fué especialmente el caso del filósofo cínico Crescencio, quien, vencido y humillado por la dialéctica de San Justino, se vengó de él denunciándole, y tuvo el placer de ver cómo la mano del verdugo le cerraba la boca. El ilustre retórico Frontón no encontró solución mejor; declara que no puede comprender cómo esa turba de miserables y de iletrados, que constituía el grueso de los cristianos, se permite tener una solución para los problemas que la filosofía no ha sabido resolver, y deduce que es necesario castigar tanta presunción y tanta locura. Toda la argumentación de este amigo de Marco Aurelio se resume vergonzosamente en el antiguo grito del fanatismo popular: *¡Los cristianos a los leones!*

Los polemistas paganos del siglo III fueron más serios. Testigos de los progresos alarmantes que hacía el cristianismo bajo el rocío sangriento de la persecución, creyeron que no era suficiente declararlo inadmisibile; lo combatieron a brazo partido, y si no consi-

guieron exterminarlo, no fué por falta de esfuerzos ni de energía. Celso, que es su representante principal, se procuró un conocimiento general de la doctrina cristiana; había leído los libros sagrados, y pasó a las tradiciones por la criba de la crítica, manejando con igual vigor las armas del razonamiento que las del ridículo. Este librepensador, que habla en nombre de la razón y de la ciencia, parecería que había agotado todas las armas paganas, si no acudiese a su lado Luciano, como Teucro al de Ajax: burlón sin principios ni moral, pero cuyo espíritu sutil y verbosidad caústica se prestan perfectamente para hostilizar y fatigar al enemigo a quien no pueden destruir. Finalmente, Porfirio, reuniendo en un supremo esfuerzo de inteligencia y erudición todos los recursos del racionalismo, levantó contra la Iglesia, con el consiguiente aplauso del mundo pagano, aquella enorme enciclopedia suya que fué como el arsenal de los perseguidores de siglo III, y en donde los ataques más hábiles a la doctrina revelada se mezclaban con ingeniosas tentativas de rejuvenecer la vieja mitología mediante explicaciones simbólicas.

Secundaba a estos hombres un numeroso ejército de libelistas de toda clase, que arrojaban sobre el cristianismo la ironía y la hiel a mares. Los nombres de todos estos abogados de la muerte han caído en el olvido, y nada se sabe de ellos sino que juzgaban buenos todos los medios, y que más de uno trabajó a las órdenes del Estado, en calidad de falsario oficial, para arrancar las almas a la Iglesia. Su inmenso trabajo intelectual, cuyos restos mismos han desaparecido, había de quedar infructuoso, pues era absolutamente negativo, y para destruir al cristianismo, había que reemplazarlo. Reavivar la antigua religión del Estado y devolverle el imperio que tuvo en otro tiempo sobre las almas, no era más que un sueño de anticuarios, al que, por otra parte, hubiera sido difícil convertir a los lectores del *Discurso verdadero* y de los *Diálogos de los dioses*.

En cuanto a imaginar una religión nueva, eso era una de esas empresas desesperadas y locas, buenas, cuando más, para tentar aquí y allá a un charlatán sin escrúpulos que hallase utilidad propia en fanatizar a los elementos más abyectos de las masas populares. Todo lo más serio que podía hacerse en ese sentido era dar un colorido cristiano a cultos que, venidos del Oriente, como el cristianismo, tenían con él analogías exteriores que sus sectarios se complacían en acentuar. Para los romanos, el rival más peligroso de Cristo era el dios Mitra, cuya religión parecía en todo común con la cristiana: en su liturgia, en su lenguaje místico, en su bautismo y en sus promesas de regeneración y de resurrección. Una idea menos feliz fué la de

inventar Cristos paganos para apartar a los fieles del Cristo verdadero, como se intentó, entre la camarilla de Septimio Severo, por el pequeño grupo que fabricó la leyenda de Apolonio de Triana. Pero las religiones, aun las más falsas, no se edifican sobre la base de una superchería, y el pseudo-mesías de Filóstrato no quitó adoradores sino a otros dioses tan vanos como él.

En cambio, si el paganismo era impotente por sí, tenía en el seno mismo de la Iglesia un aliado valioso cuyo trabajo era más eficaz que el suyo. Este aliado era la herejía. Entre la multitud siempre creciente de los que venían a engrosar las filas de Jesucristo había más de uno que no le adoraba en espíritu y de verdad, sino que muchos se volvían hacia Él porque era el Dios más nuevo o porque parecía el más poderoso. Todas las locuras y todas las torpezas de los antiguos cultos penetraron en la Iglesia con estos nuevos miembros que no tenían de cristianos más que el nombre. Desde el siglo III habían producido un verdadero hormiguero de sectas, cuyos nombres y doctrinas se cansaría la historia en recordar, pero que todas llevan puesto en la frente un manifiesto sello pagano. Bajo la aparente diversidad de sus fisonomías, se las reconoce por cierto aire inconfundible de familia, que proviene del intento frívolo e imposible de conciliar la pura doctrina de Cristo y los sueños malsanos de la imaginación oriental.

El producto más característico y aflictivo de esta tendencia son las numerosas sectas conocidas bajo el nombre de gnósticas. Nada menos cristiano que el principio del gnosticismo; pretendiendo saber lo que el cristianismo ordena ignorar, y prefiriendo a la revelación divina los ensueños a que aplica el nombre de ciencia, la gnosis suplanta al dogma simple y sublime de la Encarnación por una serie monstruosa de generaciones divinas, y al Mesías mismo por categorías superpuestas de seres divinos que van degradándose a medida que se engendran unos a otros, hasta llegar al grado inferior de una serie elástica de eones, donde se encuentra el creador de este mundo malo, autor de la ley mala dada al pueblo judío. El mismo Cristo no es sino un eón superior que vino por algún tiempo a la Tierra para enseñar al género humano y que, encarnado en el cuerpo de un hombre llamado Jesús, había desaparecido de él antes de que éste fuera entregado al suplicio. La humanidad lograría su salvación mediante el conocimiento de esta doctrina esotérica, hecha únicamente para las inteligencias superiores e inaccesible a la humilde multitud de las gentes de buena voluntad. Tal era este sincretismo religioso que echaba en el mismo alambique, sin llegar a construir

un mismo cuerpo, los nobles restos de la verdad cristiana, el panteísmo hindú, con sus perpetuas emanaciones, y el dualismo iranio, con su interminable conflicto de los dos principios opuestos. Como tomaba errores de todas partes, el gnosticismo debía encontrar adherentes por doquier; respondía al eclecticismo de una sociedad envejecida y fatigada que intentaba rehacer sus creencias; adulaba la vanidad de los sofistas, a los que dejaba esperar el monopolio de una doctrina que no era patrimonio del vulgo, y encantaba la sensualidad de las multitudes por la indiferencia con que miraba los actos corporales. A causa de todos esos medios de seducción, el gnosticismo llegó a ser peligro supremo de la Iglesia cristiana; el cuchillo de los verdugos y la pluma de los libelistas hicieron a ésta menos mal que el charlatanismo de los impostores gnósticos que escamoteaban la doctrina cristiana en el mismo momento en que la invocaban.

La Iglesia enfrentó con valor tantas tempestades. Asaltada a la vez por todos lados, supo rechazar los ataques sin dejarse arrastrar por el ardor de la resistencia a exageraciones en sentido opuesto a las del enemigo. Al mismo tiempo que mantenía con energía sostenida la severidad de su disciplina, resistió a las reclamaciones impetuosas de los intransigentes que intentaban llevarla por el camino de una rigurosidad extrema; no transformó el consejo en precepto, ni proscribió lo que no aconsejaba. Lanzó anatemas contra las doctrinas excesivas que prohibían hasta el uso del más inofensivo de los placeres temporales; privó del título de mártir a los exaltados que se precipitaban en busca de la muerte, provocando a los paganos con innecesarios ultrajes a su culto. Con San Calixto, combatió sin piedad a los despiadados que no querían que nadie se ocultase durante la persecución, y que quitaban toda esperanza de perdón a los renegados arrepentidos. Con San Esteban, protestó generosamente contra la dureza imprudente de los prelados que rechazaban la validez del bautismo administrado por los herejes, y que, por exceso de celo, ponían así en entredicho el gran principio del valor intrínseco de los sacramentos. Guardó, en una palabra, en las discusiones habidas entre sus hijos, esa moderación serena e inmutable igualdad de ánimo que le daba la conciencia de su maternidad divina.

Será honor imperecedero del Pontificado el haber sido siempre el órgano de la Iglesia en este noble combate contra las exageraciones de aquellos que Jesús había llamado *hijos del trueno*. No cedió a la corriente del rigorismo ni aun en las horas en que éste parecía arrastrarlo todo; defendió valientemente los derechos de la caridad, sin dejarse desconcertar por el genio y la virtud de aquellos que

pretendían hablar en nombre de la justicia. Resistió a San Hipólito, a San Cipriano, a concilios enteros, afrontando sin palidecer las amenazas del cisma, y vió por fin, como premio a su constancia, que sus contradictores más tenaces se humillaron ante ella, o fueron reprobados por sus propios partidarios. En tales ocasiones era cuando brillaba la superioridad de la Iglesia de Roma sobre todas las demás, y el mundo cristiano, testigo de estos grandes espectáculos, aclamaba en el sucesor de Pedro al guardián infalible de la verdad católica.

Muy distinta era la actitud de la Iglesia frente a sus adversarios. Armada con la espada de la palabra, se servía de ésta para responder a los golpes que le dirigían, con vigor y certeza que los desarmaban para largo tiempo. A sus diversos agresores —judíos, herejes, paganos— opuso compactos batallones de campeones intrépidos y agueridos que rechazaban los ataques y que sabían llevar la ofensiva al campo enemigo. Lo más duro de la lucha era la controversia con los paganos, y hacia este punto envió sus mejores soldados. El cristianismo no tiene que avergonzarse de sus primeros defensores, pues fueron dignos de él. No hay en la historia de las letras humanas cuadro más grandioso que el del desarrollo continuo de la apologética durante toda la era de la lucha contra el paganismo. Desde la época de los Apóstoles hasta Constantino no cesó de crecer al compás de las necesidades de la Iglesia, refutando todas las objeciones, aclarando todas las dudas, hablando todas las lenguas, dirigiéndose a todos los espíritus, abordando todos los terrenos, y no deponiendo las armas sino después de haber asistido a los funerales del enemigo vencido.

A la cabeza de esta falange sagrada marcha el sublime desconocido que escribió la *Carta a Diognetes*. Perteneciente a una generación que había conocido aún a los Apóstoles, ha guardado en su lenguaje algo del estremecimiento sagrado que debió experimentar al oírlos. Semejante a un profeta, mira y habla con elevación y traza en unos cuantos rasgos inmortales el bosquejo majestuoso de una filosofía de la historia que se ajusta al punto de vista cristiano; su plan es tan vasto, que después de los dieciocho siglos que han transcurrido no podría ensancharlo ni el pensamiento más audaz. Minucio Félix, literato pleno de amenidad, que, por su genio conciliador, parecía indicadísimo para servir de medianero entre el mundo y la Iglesia, mostró a los paganos que, cuando los cristianos se lo proponían, también sabían ser retóricos, y que el hombre no debía despojarse de ninguna de sus cualidades para entrar en la clientela de Cristo.

San Justino representa a la filosofía antigua descarriada en el laberinto de los sistemas, y que, en medio de sus errores, se detiene maravillada y entusiasta, al ver brillar ante sus ojos la gloria del Verbo increado. Con Atenágoras, que llevaba, como él, el manto filosófico, pertenece a la estirpe de los espíritus generosos que ven en la doctrina cristiana no la negación, sino el coronamiento y el florecimiento magnífico de la sabiduría humana. Tertuliano, áspero, desigual, pleno de pasión elocuente, se complace, por el contrario, en poner de relieve el contraste entre la Iglesia y sus perseguidores, y el mundo escucha con emoción esta voz trágica, salida del fondo del desierto, que resuena más allá del Mediterráneo con acentos desgarradores y soberbios, como los de un león herido. Por boca de Clemente de Alejandría el cristianismo habla el lenguaje de la ciencia profana, y los paganos aprenden a respetar la doctrina de Cristo al verla defendida por un hombre cuyo saber universal se emplea en favor de esa fe. Orígenes, espíritu de altos vuelos y pertrechado con todos los recursos del saber humano, pero que en las audacias de su genio tropezaba con el mismo peligro que Tertuliano en el ardor de su pasión, toma en sus poderosas manos la temible obra de Celso y la pulveriza a tal extremo, que a este enemigo del cristianismo sólo lo conocemos por lo que de él nos dicen los escritores que le refutaron. Lactancio y Arnobio bajan a la arena en el momento en que se libra el combate supremo; asisten a la derrota del paganismo, contribuyen al triunfo de la Iglesia y entonan el himno de la victoria en medio del campo de batalla. En torno a estos maestros de la apologética cristiana se aglomera una multitud de escritores cuyas obras no siempre ha respetado el tiempo, pero cuyos nombres ha conservado la Iglesia; son Aristides, Cuadrato, Taciano, Hermias, Melitón, Milciades, Teófilo de Antioquía, Claudio Apolinario y otros que tuvieron el honor de ser los primeros abogados de la Iglesia en el pretorio de la filosofía y de la razón.

Pero esta literatura de combate estaba muy lejos de bastar a la inmensa actividad intelectual que reinaba en las cristiandades profundas. Les devoraba una sed intensa de saber; ardían en deseos de conocer mejor el tesoro de la revelación divina que poseían, y su espíritu se mostraba impaciente por asociarse a los goces que la posesión de la verdad daba al corazón. Los libros sagrados se copiaban por doquier y se traducían a todas las lenguas; ya había muchas versiones en griego y en latín, y el inmenso trabajo de Orígenes, conocido con el nombre de *Hexaplas*, es prueba elocuente del celo y de la escrupulosidad científica con que se abordaba su estudio. El ca-

non de las *Escrituras* había sido fijado desde principios del siglo II; ya había explicado sus partes más difíciles la exégesis; la obra de los seis días se convertía en objeto de comentarios ingeniosos, y los grandes problemas, tales como el origen del mal, daban lugar a los primeros ensayos de filosofía cristiana.

La historia, conciencia vigilante y colectiva de una sociedad orgullosa de sí misma, transmitía de una generación a otra la llama sagrada de los recuerdos. El autor de los *Hechos de los Apóstoles* apenas había bajado al sepulcro cuando ya tenía continuadores. Los primeros historiadores de la Iglesia no han buscado la historia en los libros, sino en los labios de sus contemporáneos y en los recuerdos aún vivos de la edad apostólica; Papías y Hegesipo recorrieron el mundo, a ejemplo de Heródoto, interrogando a los ancianos, y sus obras, aunque perdidas ya, son uno de los testimonios más nobles de la vida intelectual del cristianismo primitivo.

Al mismo tiempo, cuidadosa de perpetuar entre las generaciones venideras la memoria de los hijos que la habían glorificado, la Iglesia iba a recoger a los tribunales paganos y al pie de los patíbulos los materiales de una historiografía que es única en el mundo, y cuyas piezas más elocuentes son narraciones de suplicios o actas escritas de condenas a muerte. En seguida, bajando de las alturas de la filosofía y de la historia a esas esferas menos elevadas en que se mueve la multitud de las inteligencias, para uso de éstas creaba formas literarias nuevas, como la homilía y la carta pastoral, en las que entregaba a todos los fieles la leche pura de su doctrina.

Esta enseñanza era incesante. Desde las catequesis, que se realizaban en el umbral del santuario, hasta las sabias lecciones dadas a los que se preparaban para el sacerdocio, la Iglesia, fiel a su misión, enseñaba sin descanso. Ninguna sociedad ha elevado a tal altura al doctor, es decir, al hombre que enseña; ninguna ha hecho en igual medida que los progresos de la inteligencia contribuyan a la educación moral del hombre. Cada Iglesia era una escuela, y la historia del espíritu humano debe reservar un lugar en sus anales a la de Alejandría, que, con el nombre de didascalía, fué inmortalizada por maestros como Clemente de Alejandría y Orígenes. Aun cuando fundadas esencialmente para los estudios sagrados, estas escuelas no descuidaban las obras de la literatura profana, las que no eran prohibidas si se llegaba a ellas con las correspondientes precauciones; al contrario, se recogían en ellas las flores de la elocuencia humana para adornar los santuarios del Dios verdadero, como el obrero de

las catacumbas tomaba del arte pagano los motivos de los frescos con que glorificaba a Jesucristo.

Así, encerrada bajo tierra en medio de sepulturas y bajo las sangrientas opresiones de los perseguidores, la joven Iglesia había sacado ya de su seno todos los elementos de una civilización completa que bastaba para la vida individual y social de sus miembros. Doctrina, legislación, jerarquía, ciencia, literatura y arte, todo lo tenía propio, sin tener que pedir prestado nada al mundo. No existía ningún problema filosófico o social para el que no tuviese una solución original y viva; formaba, en una palabra, un mundo aparte, rodeado de su atmósfera peculiar, y en el que vivía una humanidad distinta de la que constituía la sociedad romana. Unidos poderosamente entre sí por lazos espirituales, los ciudadanos de este mundo cristiano estaban diseminados por todas las provincias y ciudades del mundo terrestre, y quien mirara este espectáculo a la luz del Evangelio vería en él a los peregrinos de la ciudad de Dios cuyos campamentos surgían por doquier a la sombra de los palacios de la ciudad de los hombres.

#### FUENTES HISTÓRICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

**HISTORIADORES.** - Puede considerarse como padre de la historia eclesiástica a Eusebio de Cesarea, quien, al día siguiente de las persecuciones, recogió en su *Historia eclesiástica*, en diez libros, todos los recuerdos de la Iglesia, desde su origen hasta el año 324. Lo que da gran valor a esta importante obra es que Eusebio ha conservado en ella los fragmentos de muchos escritores, ya perdidos, principalmente los de Papías y Hegesipo. La mejor edición de la *Historia eclesiástica* de Eusebio es la de Hugo Laemmer, Schaffhouse, 1861.

El mismo Eusebio escribe también un *Cronicón*, o resumen cronológico de la historia universal, que abarca desde la creación hasta el año 326. Este libro no subsiste ya más que en dos traducciones: la latina, de San Jerónimo, y la armenia, publicada por Dom Aucher en 1818. Ambos textos están reunidos en la edición de Schoene y Petermann, Berlín, 1875.

Las *Actas de los mártires* son, con

la obra grande de Eusebio, los documentos más valiosos para la historia de la Iglesia de las catacumbas. Muchas se han perdido, y, entre las que se conservan, no todas son auténticas.

La mejor colección de ellas es la de Dom Ruinart, *Acta Martyrum Sincera*, París, 1713 (nueva edición en Ratisbona, 1859), a la que hay que añadir el hermoso trabajo de M. Leblant, *Les Actes des Martyrs. Supplément aux ACTA SINCERA de Dom Ruinart*, París, 1882, y el de Hyvernat, *Les Actes des Martyrs de l'Égypte*, texto, copia y traducción francesa, París, 1886.

Un documento importante de historia local es el *Liber Pontificalis*, de la Iglesia romana, editado por monseñor Duchesne, 2 vols, en 4º, París, 1886-1892 (*Bibliothèque des Écoles françaises d'Athènes et de Rome*, 2ª serie). Obra de muchos autores, y compuesta en diversas épocas, el *Liber Pontificalis*, en su parte más antigua, que se remonta al siglo VI, nos ha conservado noticias valiosísimas so-

bre los Papas de la Iglesia primitiva, así como catálogos pontificales que son la base de la cronología de los Papas.

No deben ser silenciados los demás monumentos de la literatura sagrada de estos tres primeros siglos, ya que son más numerosos y tan importantes para el conocimiento de la Iglesia primitiva como los documentos históricos propiamente dichos. Los alinearemos en diversas categorías:

**PADRES APOSTÓLICOS.** - Se comprenden bajo este título a los autores de la época de los apóstoles y de la que siguió inmediatamente. Aun cuando sus obras tienen un carácter especialmente doctrinal, son muy importantes para la historia de la sociedad cristiana en sus principios. Estas obras son las siguientes: la carta de San Clemente Romano a los corintios y la homilía que la sigue; la carta de San Bernabé, la carta a Diognetes, las siete cartas de San Ignacio, el pastor de Hermas, la carta de San Policarpo y los fragmentos de Papias. Han sido publicadas en diferentes ocasiones; las mejores ediciones son la de Funck, *Patres apostolici*, 2ª ed., Tubinga, 1901 (católica); la de Gebhardt, Harnack y Zahn, *Patrum apostolicorum opera*, Leipzig, 5ª ed., 1901 (protestante), y la de Lightfoot, Londres, 1889-90 (anglicana). Estas diversas ediciones contienen la célebre obra titulada *Διδαχή τῶν δώδεκα ἀποστόλων*, del siglo II, descubierta por Filoteo Briennio, metropolitano griego de Nicomedia, publicada por él en Constantinopla, en 1883, y por muchos otros después, principalmente en Francia por Jacquier, Lyon, 1881, y por P. Sabatier, París, 1885.

**APOLOGISTAS.** - Las apologías más importantes del siglo II se han conservado, felizmente, y son: las dos de San Justino, después la *Oratio ad graecos* de Taciano, la *Supplicatio pro Christianis* de Atenágoras, el *Ad Autolyicum* de Teófilo de Antioquía, la *Irrisio Gentilium* de Hermias, y los fragmentos de Cuadrato, de Aristides, de Aristón, de Milicíades, de Melitón y de Apolinario. Todos estos escritos

preciosísimos, redactados en griego, lo mismo que los *Padres Apostólicos*, han sido reunidos en el *Corpus Apologetarum saeculi secundi* de Otto, 9 vols., Jena; de ellos, los cinco primeros, que contienen las obras de San Justino, han aparecido en 3ª edición en 1875-1881, y los otros cuatro de 1851 a 1872.

A fines del siglo II, o desde los primeros años del III, la apologética latina eleva a su vez la voz; Minucio Félix, con su *Octavius* (ed. Waltzing, Lovaina, 1903), y Tertuliano, con el *Apologeticus* y el *Ad Nationes* (*Tertulliani Opera omnia*, ed. Oehler, Leipzig, 1854), al lado de los cuales se colocan los griegos Clemente de Alejandría con su *Cohortatio ad gentes*, y Orígenes con el *Contra Celsum*.

También hay que comprender en la literatura apologética de este período muchos hermosos tratados de Tertuliano, como *Adversus Scapulam*, *Ad Martyres*, *De Spectaculis* y *De Idololatria*, así como el *De idolorum vanitate* y los *Ad Demetrianum* de San Cipriano, la *Exhortatio ad Martyrium* de Orígenes y los poemas populares de Comodiano (*Spicilegium Solesmense* de Dom Pitra, tomos I y IV).

Finalmente, a principios del siglo IV, Arnobio, con sus *Disputationes adversus gentes*, ed. Reifferscheidt, 1875, y Lactancio, con el *De Mortibus persecutorum* y las *Institutiones Divinae*, vienen a cerrar la era de la apologética primitiva.

**CONTROVERSIA.** - El siglo II, el III y el IV han visto nacer cada uno una refutación general de todas las sectas conocidas hasta entonces; son el *Adversus haereses* de San Ireneo, el *Philosophumena* de San Hipólito, hallados ambos en 1851, y el *Panarion* de San Epifanio.

Los judíos encontraron sus principales adversarios en San Justino, *Dialogus cum Triphone*, en San Cipriano, *Testimonium libri tres adversus Judaeos* (en sus obras completas, ed. Hartel, Viena, 1868), y en Tertuliano, *Adversus Judaeos*.

**OBRAS DIDÁCTICAS.** - Son muy numerosas; mencionaremos especialmente el *Pedagogus* y el *Stromata* de Clemen-

te de Alejandría, que son minas riquísimas de noticias sobre la sociedad cristiana de los primeros siglos.

**MONUMENTOS LEGISLATIVOS.** - *Canones apostolorum*, editado en las principales colecciones de los concilios y últimamente en Hefelé, *Conciliengeschichte*, tomo I.

*Constitutiones apostolicae*, gran obra, moral, dogmática y litúrgica a la vez, que se encuentra igualmente en las colecciones conciliares, y cuya mejor edición es la de Lagarde, Leipzig, 1862.

**CORRESPONDENCIA.** - La de San Cipriano es particularmente atrayente e instructiva. La de los Papas ha sido publicada por Dom Coustant, *Epistolae*

*romanorum pontificum*, París, 1721, reeditada por Schoenemann en Gotinga, 1796, y continuada hasta el Papa Hormisdas por Thiele, Braunsberg, 1868. El *Regesta pontificum romanorum* de Ph. Jaffé, que debe consultarse en su segunda edición, tomo I, Leipzig, 1885, contiene útiles indicaciones críticas y bibliográficas sobre todas las partes de esta correspondencia.

**INSCRIPCIONES.** - De Rossi ha recogido las de la ciudad de Roma en su colección titulada *Inscriptiones christianae Urbis Romae*, Roma, 1857. Los otros países europeos ofrecen pocas inscripciones cristianas que puedan remontarse con alguna certeza a alguno de los tres primeros siglos.